

Gustavo A. Madero, víctima de la traición huertista

Elsa V. Aguilar Casas
Investigadora INEHRM

Preso en Palacio Nacional, el presidente Francisco I. Madero trataba de descansar un poco en una cama improvisada con sillas. Desesperado preguntaba qué sucedía afuera, pero especialmente quería saber de su hermano menor, ¿dónde está Gustavo?, ¿cómo está Gustavo?, dicen algunos testigos que preguntaba con insistencia, mientras se cubría el frío con unas frazadas bordadas con las iniciales G. A. M. Fecha: 18 de febrero de 1913; lugar: la Ciudad de México. Eran los días de la Decena Trágica.

Gustavo, el segundo hijo de Francisco Madero y de Mercedes González Treviño, nació el 16 de enero de 1875. Siendo niño recibió un pelotazo en el ojo izquierdo que lastimó tanto su visión, que al paso del tiempo tuvo que utilizar un ojo artificial. Sin embargo eso no fue obstáculo para llevar una vida normal. Al lado de su hermano Francisco compartió la niñez, los juegos, los estudios y los viajes; aprendieron a leer y a escribir juntos con los mismos profesores, fueron a los mismos colegios; juntos cruzaron el Atlántico para ir a estudiar a París donde vivieron cinco años, y al regresar fueron a estudiar a California. Aunque compartieron tanto, realmente eran muy distintos en su temperamento y forma de conducirse en la vida, pues es sabida la característica bonhomía de Francisco y la forma en que solía confiar en la gente, mientras que Gustavo era hombre de carácter fuerte e impulsivo; quienes lo conocieron dicen que no tenía el menor empacho en decirle a la gente lo que pensaba, incluso al propio abuelo Evaristo, el patriarca del clan Madero, cuya presencia y carácter enérgico tanto imponía.

Llegada a la edad adulta se definieron los intereses personales y cada quien tomó su propio camino: Francisco se dedicó al cultivo del algodón, a poner en práctica sus conocimientos de medicina homeopática y a seguir estudiando el espiritismo; Gustavo optó por las finanzas y el comercio, en lo que fue exitoso. Desde muy joven se dedicó a los negocios, iniciándose en 1895 en la fábrica

da hilados “La Victoria”, en Lagos de Moreno, Jalisco; en 1897 fue gerente de la compañía Industrial de Parras y un año más tarde dirigió la litografía “El Modelo” de Monterrey, Nuevo León. Luego sus negocios se extendieron hasta la Ciudad de México, donde fundó una empresa de publicidad llamada “Arte Nuevo” y un periódico, el *Nueva Era*, que él mismo dirigía.

Cuando en 1910 el primogénito de los Madero emprendió el camino de la política, la situación se complicó en el entorno más íntimo de los Madero, debido a las cercanas y buenas relaciones que la familia tenía con el régimen y especialmente con el presidente Porfirio Díaz. El abuelo Evaristo y otros familiares veían con malos ojos la intromisión en los asuntos públicos y las críticas que hacía al gobierno del general oaxaqueño, y buscaban deslindarse de él, pero Gustavo, siempre al lado de Francisco, lo alentaba en sus proyectos. Cuando dio inicio la campaña electoral, Gustavo fue el encargado de las finanzas. Mucho se ha escrito acerca de su relación con los dineros del antirreeleccionismo: que era lo único que le interesaba, que era lo que realmente lo movía a estar en la lucha, ¿cómo saberlo con exactitud?; lo que sí es claro es que dinero no les faltaba a los Madero y que cuando tuvo la oportunidad de alejarse de la política, si es que realmente no le importaba, decidió permanecer al lado de su hermano Francisco hasta la muerte.

Con Díaz fuera del poder, se había logrado el objetivo del levantamiento maderista y Gustavo entró de lleno a la política nacional, mostrando también en ese ámbito su capacidad y dándose a conocer como un político agudo y audaz. Dentro del gabinete revolucionario de Ciudad Juárez, obtuvo el cargo de ministro de Hacienda y desde entonces estuvo presente en la toma de decisiones. En ese mismo año, 1911, Gustavo fundó el Partido Constitucional Progresista, el cual ganó la mayoría de las diputaciones para la XXVI Legislatura federal, que tomó posesión en septiembre de 1912.

Con el arribo de Francisco I. Madero a la presidencia, la presencia de Gustavo fue una constante en el escenario político, lo mismo en el gabinete que en el Congreso, del cual fue miembro. Era tal su injerencia en los asuntos de gobierno que resultaba excesiva para muchos y pronto comenzó a ganarse la animadversión de algunos sectores que se referían a él con desprecio

llamándolo “Ojo parado” por su defecto físico, también le decían “el cerebro de la revolución” o “su eminencia gris”, porque todos sabían que él era el “director político de su hermano”, como lo ha llamado el historiador estadounidense Stanley Ross.

Al paso de los meses, el gobierno revolucionario comenzó a ser objeto de críticas permanentes, todos los días la prensa arremetía contra el presidente y caricaturizaba a uno y a otro de los Madero ridiculizándolos. Algunos sectores de la sociedad veían en el mayor de los Madero a un hombre incapaz de gobernar a México y con ello vinieron las rebeliones armadas en distintas regiones del país, algunas de las cuales fueron encabezadas por Bernardo Reyes, Félix Díaz, Pascual Orozco y Emiliano Zapata; unos argumentaban incapacidad del gobernante, otros hablaban de traición a los ideales revolucionarios.

Sin embargo, al comenzar 1913 dichas rebeliones fueron sofocadas, de manera que el gobierno maderista se sentía más tranquilo y confiado. Pero el diagnóstico era equivocado: el régimen estaba debilitado y los planes de los adversarios, específicamente de Díaz y de Reyes, seguían su curso. Nadie imaginaba que pronto uno de esos sectores descontentos daría fin al sueño revolucionario.

Buscando calmar las críticas por la intromisión de Gustavo en los asuntos de gobierno, el presidente anuncio la decisión de enviar a su hermano a una misión diplomática especial a Japón, la intención era alejarlo de la vida política pues quería evitar que crecieran las diferencias entre los maderistas. Pero pronto todo daría un vuelco. Con todo y los banquetes de despedida y los discursos de por medio, Gustavo no se fue, pues en esos días de enero se le informó de una conjura que se preparaba para el día 16 de febrero y hasta logró tener una lista de nombres de los implicados: Bernardo Reyes y su hijo Rodolfo, Félix Díaz, Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, Gregorio Ruiz y, probablemente, Victoriano Huerta. De inmediato Gustavo informó a su hermano lo que se fraguaba y lo instó a tomar decisiones rápidas, pues vislumbraba el peligro que se cernía sobre sus propias vidas; de hecho, para él la solución era sencilla: aprehender a Rodolfo Reyes y al general Mondragón, quienes

figuraban como cabecillas de la conspiración, y mantener en alerta máxima a los cuerpos armados de la capital. Pero el presidente no hizo caso, creía que eran exageraciones de Gustavo.

En la madrugada del 9 de febrero, un grupo de aspirantes y soldados de artillería encabezados por el general Mondragón atacaron la prisión militar de Santiago Tlatelolco y liberaron al general Reyes y a Félix Díaz, dirigiéndose inmediatamente a tomar Palacio Nacional. Así comenzó la Decena Trágica. Esa misma mañana, Gustavo fue tomado prisionero, pero al poco rato salió libre gracias a que el general Lauro Villar recuperó Palacio. Luego se unió a la comitiva que acompañaba al presidente desde el castillo de Chapultepec hacia el Zócalo, mientras el presidente dejaba el mando de las operaciones de defensa en manos del general Huerta. La suerte estaba echada.

Los atacantes se replegaron al edificio de la Ciudadela y los fieles a Madero se ubicaron en Palacio Nacional; de un lado a otro se disparaban cañonazos que en el camino dejaron a miles de muertos. Fueron 10 días en los que la ciudad vivió el terror de la guerra, la escasez de alimentos, el enclaustramiento en las casas o donde fuera que los bombazos hubiesen sorprendido a la gente, además del horrible espectáculo de ver muertos apilados en las calles.

Al saber de la reunión entre Huerta y Félix Díaz, Gustavo sugirió que se destituyera a Huerta, pero no fue escuchado. Gustavo iba y venía de un lado para otro, se reunía con gente para tratar de encontrar una solución a la crisis. Nada le quitaba de la cabeza que Huerta algo tramaba, pues seguía recibiendo noticias de los encuentros de éste con Díaz, el sobrino de don Porfirio. Decidido a hacer algo, la noche del 17, en compañía de algún correligionario, sorprendió a Huerta, lo desarmó, lo llevó ante el presidente y lo acusó de traicionar al gobierno, a lo que Huerta respondió que todo era falso y pidió se le diera tiempo para probarlo. Francisco le dio la oportunidad, lo dejó libre.

Al día siguiente, el presidente y el vicepresidente fueron tomados prisioneros en Palacio Nacional. Mientras, Gustavo asistía a una comida en el restaurante *Gambrinus*, muy cerca del Zócalo. El guión ya estaba escrito. En ese lugar Huerta dio la orden de que lo aprehendieran, y así lo hicieron; lo mantuvieron

encerrado en el guardarropas durante horas, maniatado. Finalmente en la noche fue sacado de ahí y, junto con Adolfo Bassó, superintendente de Palacio Nacional, fue conducido a la Ciudadela. En plena oscuridad ambos fueron arrojados a la soldadesca rabiosa que en medio de la embriaguez pasaba las horas.

El presidente preso preguntaba por su hermano mientras se protegía del frío en aquellas sábanas; entre tanto Gustavo era echado a la turba que, azuzada por Cecilio Ocón, lo recibía con insultos y humillaciones, con golpes brutales que lo dejaron bañado en sangre, indefenso... y como si todo el maltrato que ya le habían propinado no fuera suficiente, la saña llegó a tal grado que le reventaron su único ojo con una bayoneta, para luego descargar las armas sobre su cuerpo ya gravemente lastimado. Luego siguió Bassó.

A unos pasos de la estatua de José María Morelos, ahí, en la Ciudadela, fueron botados los despojos de Gustavo A. Madero. Un testigo de la época afirma que al pasar por ahí y observar el cuerpo del hermano del presidente, escuchó decir a Ocón: “ya matamos a ese c...; su muerte fue como la de un desgraciado, y ya mandamos por el ‘chaparro’ [el presidente] para hacerle lo mismo”.

Nadie quería decirle al presidente lo que le habían hecho a su hermano. El embajador cubano Manuel Márquez Sterling, quien fue a acompañar a los presos de Palacio para tratar de protegerlos, cuenta que quienes estaban ahí querían evitar que los periódicos llegaran a manos del mandatario, sin embargo la noticia llegó; también narra que cuando la madre de los Madero llegó a visitar a su hijo preso él cayó de rodillas y dijo: “el único culpable fui yo por confiar en quien confié”. Cuatro días después, el presidente también fue asesinado.